



AYER Y HOY



N.º 8

Junio - 1949

**Nuestra portada es un
Grabado en Madera de
Guerrero Malagón.**

{ Pajas.
Té-ler.
Pucio Jreco.
Custaria, tesoro C.
L.: 125
M.: 75
Calatrava
Mena de a
Corderos
L.: Toledo



IMPRESIONES DEL CORPUS

Mucho tiempo antes de que llegue gozamos de esta fiesta. Día a día vemos cómo se va almacenando en Santa Cruz el tomillo y el cantueso que ha de cubrir el trayecto de la procesión, embriagándonos casi con su olor a monte venido aquí para rendir su tributo a la Eucaristía. Vemos levantarse los toldos calle por calle, y la ciudad va cobrando con ello vestiduras de gala. Por la calle entoldada se circula con mayor libertad y ligereza, como con pies alados, sintiendo una alegría interior, y para cada nuevo montón de arena que vemos aparecer en algún lugar estratégico del itinerario, tenemos una sonrisa de comprensión...

* * *

El miércoles por la mañana hay algo muy selecto que ver, sólo conocido por los iniciados: la colocación de la Custodia sobre su carroza en la intimidad del templo. A las diez de la mañana, apenas abierto el coro, penetran en la que fué capilla de San Juan canónigos y obreros, cerrándose tras ellos la chapada puerta. A través de ella oímos el lejano revoloteo de las campanillas seráficas, y al cabo de una ansiosa y deseada espera, se abre de nuevo para dar paso a la Custodia despojada de su remate para no tropezar con el dintel. Con paso vacilante es conducida en andas ante la puerta del Niño Perdido y allí se la deposita sobre el suelo. Mientras con plumero y paño la desempolvan y asean la podemos ver junto a nosotros. La que tanto admiramos está allí, tan cerca, que podemos rozarla con nuestros dedos disimuladamente; tan próxima a nuestros ojos, que podemos apreciar los detalles más ínfimos y ansiosamente deseamos ver todas las gemas, los esmaltes finísimos, la hojarasca de columnas y frisos, las filigranas del metal, las estatuillas tan finamente modeladas, y nos detenemos admirados ante la minúscula balanza del San Miguel, y todo lo queremos ver, pero prontamente nos la arrebatan. Bajo ella pasan una gruesa maroma y, llenos de congoja, la vemos levantarse en el aire. El corazón se detiene anhelante ante mil temores que nos asaltan mientras la contemplamos y oímos vibrar colgada de la nave hasta que, puesta debajo su carroza, desciende y al fin respiramos satisfechos. Con dolor la acompañamos hasta la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, donde queda depositada para el día siguiente.

Y amanece el jueves, luminoso y cálido; uno de los tres más brillantes que los astros. Como el itinerario ofrece tan distintas perspectivas, vamos abriéndonos paso a codazos entre el gentío, de un lado para otro, con el ansia de ver nuestra Custodia una vez más y en nuevo escenario. Cuando la vemos aparecer primero entre la sobriedad de las columnas de la Puerta Llana, al verla por primera vez la luz del día, sin los velos coloreados de las vidrieras ni el misterioso claroscuro del templo, fulge y brilla en todo su esplendor, cual ascua de oro, sobre su trono de flores y entre nubes de incienso. Avanza lenta y temblorosa mientras el sordo zumbido de las campanas nos trae, como si lo acunara, el suave y armonioso tintineo de sus campanillas de plata — así habrá de sonar sin duda la música del cielo —, que hiere conmovedoramente nuestros oídos mientras los ojos, humedecidos, perciben el rebrillar de metales y piedras y

(Sigue en pág. 12)

EL CORPUS DE AYER Y DE HOY

Fué el Corpus de otros siglos la fiesta cumbre de Toledo, como lo sigue siendo en nuestros días. Contribuía a ello el regocijo del pueblo, que entre cucañas, gigantones, danzas y festejos, inundaba de alegría el silencio misterioso de sus calles.

Nuestros autores dramáticos captaron magistralmente esta sana disposición del espíritu, y los mejores poetas del Siglo de Oro pintaron con pincelada maestra esta fe sencilla junto a los Sagrados Misterios.

Las sedas, el oro y las joyas se pusieron al servicio de nuestra incomparable liturgia católica, hasta llegar a ese milagro de arte de la rica Custodia procesional, trono majestuoso del Sacramento.

En esta Custodia se representa todo nuestro glorioso Ayer: Isabel la Católica... El Cardenal Cisneros... El Nuevo Mundo... El triunfo de la Iglesia sobre el Protestantismo.

Y sigue siendo nuestro Corpus de Hoy el Corpus de España, que acude a Toledo bajo los impulsos de la devoción, del patriotismo y del arte.

ANDRES MARIN

Alcalde de Toledo



Foto Archivo Rodríguez.

HACE VEINTE AÑOS

RECUERDOS TOLEDANOS

POR EL CONDE DE CASAL

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo
Hijo adoptivo de la Ciudad

Por una atención, que agradece un viviente *antepasado* de ya pretéritas actividades toledanas, se me invita a colaborar en un número extraordinario que la interesante revista AYER Y HOY prepara para solemnizar esa festividad, tan grande litúrgicamente considerada como genuinamente toledana, cual es la del *Corpus Christi*; inmensa, por conmemorarse en ella nada menos que la permanencia entre nosotros del mismo Cristo, en ese milagro que por su magnitud escapa a los límites de la pobre y limitada inteligencia humana, y toledana, porque en parte alguna podrá superarse la riqueza artístico-histórica que la Catedral Primera exhibe en ese día.

Plumas mejor cortadas que la mía, evocarán a buen seguro pretéritos recuerdos de pontificales y procesiones, anual atracción del turismo mundial hacia nuestra Imperial Ciudad; concrétese hoy los míos a un noble intento de aprovechar ese mismo turismo en beneficio de los artistas toledanos que, hace precisamente ahora veinte años, tuvimos unos cuantos amantes de la capital artística de España.

Me refiero a la *Exposición de Bellas Artes e Industrias Artísticas Toledanas* que, en la Primavera de 1929, se cobijó bajo los arcos de la que fué sinagoga y luego templo cristiano bajo la advocación de Santa María La Blanca, ya por entonces abandonado a la mera curiosidad del visitante.

Precisamente en aquel tiempo, el «Patronato Nacional del Turismo» subvencionaba exposiciones semejantes en las principales capitales provinciales, por las cuales habían de transitar

cuantos se dirigieran a los importantes certámenes de Barcelona y de Sevilla, y merced a esa cooperación oficial pudo convertirse en realidad nuestro propagandista deseo.

No hay que añadir que pocas regiones como la toledana se prestaban a ello, al reunir a una brillante tradición las más halagadoras realidades.

En efecto, donde existen las rejerías del maestro Francés, de Villalpando y de Domingo de Céspedes, no es de extrañar surgiera un Julio Pascual, digno continuador de su escuela; y en pos de él Moragón, Cerro, Fernández, Garrido y otros maestros, que trabajaban en las Escuelas oficiales de la capital.

Allí donde hubo alfares que pudieron enviar en competencia objetos de su industria a centros cerámicos tan afamados como Valencia y Sevilla, tenían que formarse maestros del temperamento artístico del matrimonio Aguado y su discípulo Pedraza; como Gómez de la Cruz y los aventajados discípulos de Artes e Industrias, y fuera de la ciudad, los Ruíz de Luna, de Talavera de la Reina; los Palencia y Dorado, de la histórica villa de Cuerva, y los que enviaron sus producciones desde Puente del Arzobispo y Ocaña.

La ciudad de los grandes telares y talleres de bordado de Ernesto Alemán y de Molero, y la región de las telas talaveranas, competidoras de las levantinas, tuvieron en la Exposición su representación adecuada en las primorosas obras de las Escuelas Normal de Maestras y de Artes y Oficios, en las del Hospital de San Juan Bautista

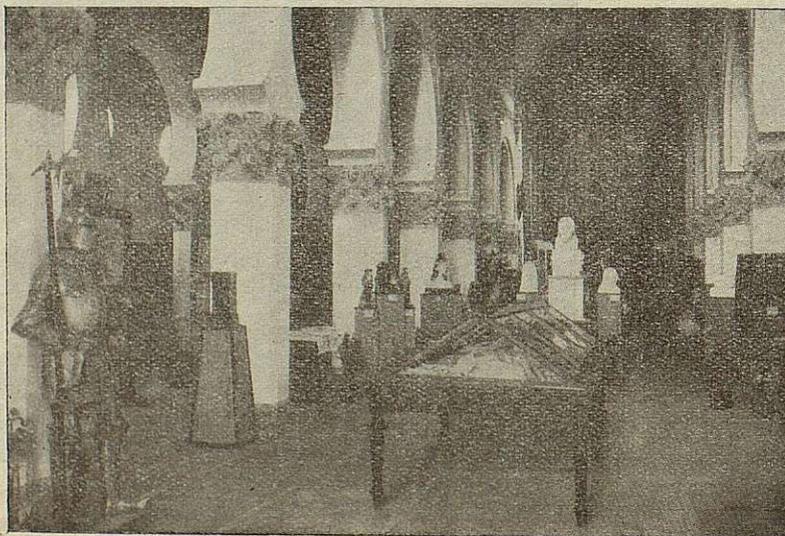
y en las particulares de Juana Dorado, Esperanza Guzmán, Adriana Piña, Apolonia Negro; en las magistrales de las hijas de aquel ilustre arqueólogo de Oropesa, Don Platón Páramo; y en los típicos deshilados de las lagarteranas Evarista González, Martina Chico y María Jiménez.

Los ñamasquinados, de tanto abo-lengo local, con repercusión en la guipuzcoana villa de Eibar y modernas imitaciones en Italia, estuvieron representados, con la modestia propia de la iniciativa privada, por los trabajos de los industriales Ballesteros, Serrano, Cano y Viuda de Garrido, mientras el Estado acudía espléndidamente con sus instalaciones de la Fábrica de Armas y Colegio de María Cristina, mostrando la de éste lo que sabían hacer, bajo los auspicios de la paz, los huérfanos de nuestra valiente Infantería.

Y rodeando las grandes manifestaciones del arte industrial toledano, los esmaltes del ya citado Julio Pascual, los pergaminos miniados de Pérez Comendador, los abanicos y telas pintados por Castillo, Arroyo y Fernández, los muebles de Linares y García Gamero, los cuadros de José y de Enrique Verà, el que con Santiago Camarasa, Adolfo Aragonés y Evencio Martín Olivares, entre otros, tanto contribuyeron al éxito del certamen; los de Matías Moreno y Ricardo Arredondo, representativos del estilo de los salones de la Restauración; de Aureliano Beruete, de tanto ambiente local como pintados en largas temporadas aquí paradas; de Don Pedro Romano, poco ha fallecido; Esteban Domenech, el cubano entusiasta de Toledo; Francisca Molini, Ramón Pulido, Muñoz Morillejo, el habilísimo escenógrafo; Ardavin, Morera, Ordóñez Valdés, Ruíz de Luna, Ginestal, Lugo, Estéfani... y Gonzalo Bilbao, laureado pintor sevillano que quiso demostrar de este modo su amor a Toledo.

Y, acompañando a la Pintura, las esculturas de Roberto Rubio, los dibujos de Sauri Ginés, los grabados de Morera, las fotografías del Conde de Manila, las armaduras de Gómez Hidalgo; cuanto, en fin, pudiera servir de muestra de lo que sabían hacer los modernos artistas, en la provincia nacidos o de su tradición enamorados; y si aquella espléndida manifestación no pudo alcanzar la estabilidad deseada, sirva por lo menos su recuerdo de ejemplaridad para lo que tal vez ahora fuera más factible conseguir *en gran escala* por la protegida Artesanía y Patronato Nacional del Turismo, presentando en conjunto a la admiración del viajero, como en permanente Feria de Muestras, cuanto, pasado el caos, en la región renace.

Foto Archivo Rodríguez.



LAS TRES CUSTODIAS

Por EMILIO GARCÍA RODRÍGUEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Evocar el Corpus de Toledo es tanto como robustecer la presencia latente de su maravillosa Custodia, aérea flexibilidad de junco en la calle, aromada de fragancias silvestres; es añorar el tímido cristal de sus campanas sobres el estruendo de bronce que ensordece la mañana incendiada de sol; es sentir el estremecimiento emocional del ambiente, entre el tapiz polfero, la estática carrera militar, el mirador engalanado y la multitud que calla al cantar su alma, bajo la caricia del toldo y el olor de la rosa.

Hay una viya luz velada de incensos, un melódico alborozo de silencio y una cálida frescura, que sólo sentimos el día del Corpus.

Es en la Custodia donde está el origen de tanta paradoja, porque el inefable misterio de la Eucaristía, encontró en su teológica arquitectura el trono más representativo de su grandeza, dentro de la inspiración humana, y a su conjuro, la orfebrería se hizo verso sobrenatural y los cinceles de Almerique y Arfe, vibraron con impulsos angélicos, labrando el más espléndido ostensorio, que para valorarle no precisa de la fría investigación histórica, sino de la encendida poesía del creyente; por eso cuando le contemplamos en su vitrina del Tesoro Mayor Catedralicio, nos parece la más hermosa joya, de la que se escapó el alma creadora de su vitalidad.

Si el Corpus de Toledo se halla vinculado en su rica presea, la Custodia necesita también de alfombras cuajadas en flores campesinas, melodías de plata, rimando con bronce, bajo la inmensa luminosidad de la mañana, temblores de espíritu entre áureos tapices, fulgores marciales, galas suspendidas de los balconajes, silencios de muchedumbre, ondular de toldos y aromas de rosa, para forjar el día más característico de la Imperial Ciudad.

Al recuerdo del Corpus de Toledo se disipa la curiosidad erudita que teje estilos, artistas y épocas, con lentitud de orifice, y se olvida cómo el canónigo Pérez de Ayala mandó construir a Pero Hernández el sol de la Custodia, para ser engastado en el viril que guarda el misterioso nombre de un platero genial; la soberana exaltación de un maestro, venido de tierras germánicas, para que en España floreciera la más fastuosa manifestación estética;

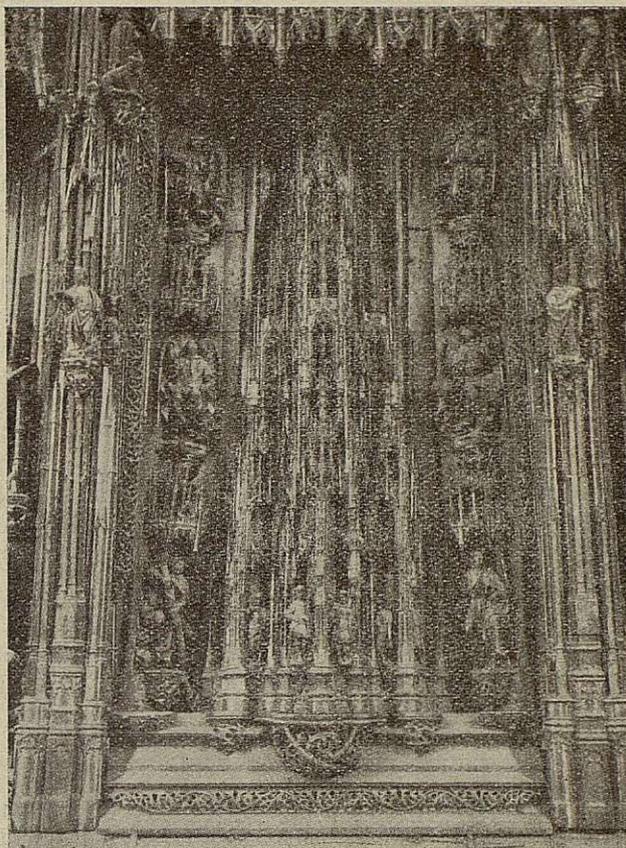


Foto Archivo Rodriguez.

la elegancia de un orfebre como Láinez, que siluetea de perlas la cruz terminal; y aquel oro, tiene que ser primicia de nuestro sueño en Indias, y la pedrería, desgranada de una leyenda oriental, y cristalizar sus esmaltes las sonrisas y lágrimas de la reina más grande que tuvo Castilla y la magnífica austeridad del mejor Cardenal; la emoción poética arrolla a la crítica y la fantasía se hace realidad, porque es el alma quien siente toda la suprema belleza del momento.

La alegre esperanza de la víspera, que saturan regocijos infantiles, dinámicos de ornato y bullicioso desorden en el ritmo cotidiano; la noche, embalsamada de impaciencias y anhelos; la mañana, que estalla en una apoteosis de luz y de color al paso del cortejo procesional, se quiebra con el último destello del sol besando la Custodia.

Suave nostalgia nos embarga ante el encanto que se desvanece por el cancel neoclásico de la Puerta Llana, sin pensar cómo entre el exuberante barroquismo gótico del retablo mayor, se mantiene su presencia en el Sagrao que Peti Juan tallara, embriagado de primorosa menestralia, y así surge la prodigiosa blonda de una nueva

Custodia, recordando la consagración hispánica hecha por Fernando III, que con el arzobispo Jiménez de Rada, inicia el *opus mirabile* de nuestro templo primado.

Pero el ostensorio del presbiterio se envuelve en silencios y hermetismos, como si temiera romper el hechizo donde Bigarny, Egas, Gumiel, Copin de Holanda, Almonacid, Borgoña, Amberes y Rincón, confundieron la labor escultórica con la decorativa, y en ansias de místicos albores, busca un raudal de luz, alterando la irisada armonía catedralicia, que a la renuncia de Ardamans, encausa Narciso Thomé en audaz delirio de símbolos y abstracciones, como un himno eucarístico de mármoles y oro. Discutible siempre y siempre admirable, el Transparente, con sus fingidas perspectivas, exaltado preciosismo y rebeldes inquietudes, junto al sol que resplandece, presidiendo todo el monumento, forma con sus taraceas y mosaicos el más desconcertante viril, que en soñada visión de los cielos, trata de inmaterializar la piedra, para esfumar la certidumbre de toda concreción terrena.

La tierra augusta, nidal de la historia eucarística más vieja y más completa, que santifican la litúrgica reliquia del Rito Morárabe, único en el mundo; el recuerdo de doña Teresa Enriquez, doliente de sacra demencia por el diagnóstico pontificio de Julio II; el Santo Dubio de Yepes; la Cena de Tristán y el Romancero Espiritual, en honor del Santísimo Sacramento que escribiera el maestro Iosep de Valdivielso, no sólo muestra sus más elevados sentimientos en las argenterías de Enrique de Arfe, el dinamismo pasional de Narciso Thomé y en los entalles de Peti Juan.

Sobre el gentil caserío de la Ciudad, que parece escalar las regiones celestes en angustia de anhelos infinitos, la torre de nuestra Catedral con facetas de joya, oro de siglos y fulgores de esmaltes cerámicos, florece en orfebrada arquitectura al genial embrujo de Albar Gómez, y es en las noches plateadas de estío y escarchas, cuando entre sus cresterías se intercala la luna, el emblema eucarístico de España, encarnado en la más sorprendente Custodia que guardara en su seno el más fantástico viril.

CUSTODIAS ESPAÑOLAS

LOS ARFE

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Indiscutible supremacía tiene España en las artes decorativas consagradas a la religión, y, entre éstas, tenemos las sillerías de coro y la grandiosidad de los altares mayores, debido a la mayor amplitud de los templos españoles sobre la mayoría de los demás del orbe católico.

Completan estas obras, formando un tríptico glorioso, las custodias procesionales nuestras, que son las más variadas, artísticas y lujosas que ofrece el mundo cristiano, dada la singular devoción que siempre nos ha inspirado la Sagrada Eucaristía.

Entre las valiosas joyas que se pasean triunfalmente por España el día del Corpus, ningunas de nombre más universal que las elaboradas por la familia Arfe, quienes por más de tres generaciones hacen en sus talleres las piezas que forman el siglo de oro de las custodias procesionales.

Empieza la dinastía con el maestro Enrique, que de Harff, cerca de Colonia, vino en 1501 a León para hacer la custodia, la cual se debió terminar hacia 1515, perdiéndose al ser fundida en la Guerra de la Independencia.

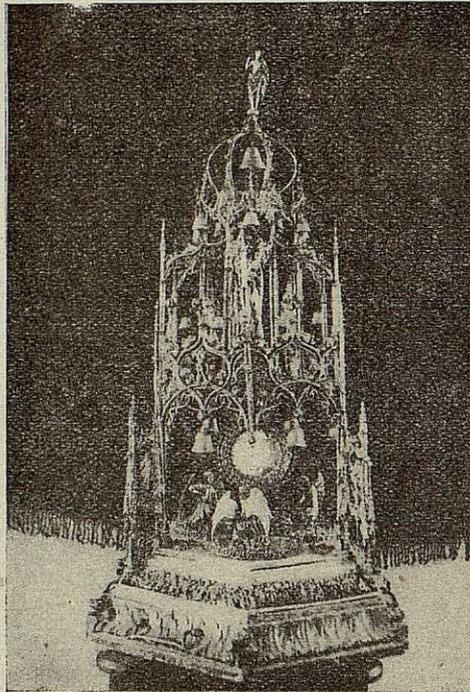
El *cogollo* de Cádiz es tradición de que es la parte alta de esta custodia perdida, lo que realmente no es cierto, pues la de Cádiz está perfectamente datada con anterioridad al siglo XIX, y la misma contemplación de la obra nos lo dice, pues es una pieza completa, del tipo de la de Sahagún, pero bastante abarrocada, presentando más avanzado el estilo.

Las que se conservan de Enrique, son tres: la de Sahagún, la cordobesa y la nuestra; la primera, que procedente del Monasterio y que hasta la destrucción contuvo la sepultura de Alfonso VI, el conquistador de Toledo, está conservada en el Ayuntamiento.

Algo estropeada, aunque fundamentalmente íntegra, pese a una restauración barroca que le completó alguna figura perdida y añadió un friso inadecuado a su peana, con el cual lo que gana en altura lo pierde en arte, y, lo que es peor, con una inscripción del XVIII que le adjudica a José de Arfe, la que hace artículo de fe en el pueblo. Como nota curiosa de su montaje, se puede apreciar el empleo sistemático de grapas en vez de tornillos, lo que inclina a creer que Enrique era poco mecánico y buen platero, debiendo aquí auxiliarse para las *máquinas* que se le obliga a realizar.

Como armazón, emplea una serie de arcos, y como decoración, exclusivamente la cardina de chapa de plata recortada y abultada solo. Santos, campanas y ángeles acompañan a la Virgen y al Salvador en la contemplación eucarística.

La de Córdoba se estrenó en 1518. Más piramidal que de la de Toledo y



Custodia de Sahagún, de Enrique de Arfe

(De la colección de fotografías del autor)

más obra de platero, con menos esmaltes y figuras. Tiene datos renacentistas y fué algo modificada en el barroco (1735), pero está en su material de plata y menos rehecha que la nuestra.

Descrita y bien sabida la que luce en nuestro Corpus, dejo en pie la cuestión de cuál vale más, si la toledana o la cordobesa; de valor más arqueológico la de Córdoba, es más rica y lujosa ésta, y el dorado le da un valor de sol luciente frente al melancólico grisáceo lucir de plata vieja, de la que tiene su casa mora al lado del Guadalquivir.

Más libre en su traza fué, pues no tuvo el imperativo de alojar una anterior como la nuestra, que es más joya. Para decidir cuál de las dos integra mejor mis sueños de arte, acaso pidiera tanto tiempo que tal vez me sorprendiese la muerte, como al infortunado asno de Buridán, antes de decidir, como dijo el poeta Llovet.

Continúa el nombre de la estirpe Antonio, español, hijo de españoles, que hizo la de Compostela en 1545, con cuatro cuerpos, decrecientes, en pirámide, ya francamente en el renacimiento, y columnas abalaustradas, en un estilo que en ninguna ocasión mejor se le llama plateresco. Más estudiada tengo, por haberla contemplado más de cerca, la de Medina de Ríoseco, la seca ciudad de los Enriquez, almirantes de Castilla, la de las cuatro iglesias que bien valen cate-
drales.

Notable en ella es la figura de David, que va cantando y tocando el arpa delante del arca de la Alianza. Si tardío es el plateresco que representa su arquitectura, bien de avance es el barroco de su agitada escultura, en lo que con el de Berruguete y el Greco se ha querido ver la esencia del barroco español. Es un arte atormentado que arde adusto, como la planicie de la tierra castellana que le da base. No lo dudo, pero también es bien español el barroco andaluz de Cano y Mena, y hasta el de Martínez Montañés, más clásico aun dentro de su patetismo y de un declinar más tranquilo, con apellidos más españoles, sin Vigarnís, Junis, Arfes, Siloes ni Colonias.

Juan, hijo de Antonio, era hombre de letras y documentó con la pluma sus propias producciones. Su obra «De varia commensuración» es bien típica para denunciar un espíritu del renacimiento, que piensa más que siente. De su diseño, salieron las custodias de Avila y Sevilla, templetos de cinco pisos y base exagonal. Ambas son obras que anuncian el barroco y causan más respeto a su ciencia que admiración a su inspiración. Verdaderos estudios de arquitectura son las custodias que hizo este escultor «de oro y plata» y que fundió, cinceló y doró las estatuas de los Lerma, guardadas en el Museo de Valladolid, y que hizo original la orante de Don Cristóbal de Rojas, reproducida en un cuadro de la Fundación Tavera de aquí.

Ofrecen las custodias de la familia Arfe la evolución típica de un tema artístico que desde el arte del orfebre que se las arregla con el manejo del pináculo y la cardina gótica, pasa al de arquitecto que necesita proyectar en serio un tabernáculo renacentista, siéndole preciso un pleno conocimiento de las formas y proporciones de la arquitectura clásica. En el paso del artesano medieval al arquitecto renacentista, le cabe más suerte a Antonio que a su hijo, pues el primero se encaja en un estilo de plateros y el otro es un autor que bien pudiéramos llamar de proyectos en plata. De orfebres quieren pasar a arquitectos, dejando de ser cabeza de ratón, para proyectar edificios que se quedan en miniaturas. En adelante, el artífice será artesano que caerá bajo el lápiz del arquitecto, perdiendo la primacía que antes tenían el platero, el entallador y el herrero.

A pesar de ser más original Antonio que su hijo, nunca tendrá el nombre que su padre, Enrique, quien lleva el arte religioso al punto máximo de esplendor y personalidad, hasta el punto que si se me obligase a elegir una única obra que mejor representase la síntesis del arte cristiano, me decidiría por la custodia de Toledo, que condensa todos los anhelos de arte que en loor de la Iglesia de Cristo, y en especial a su misterio de la Eucaristía, han labrado las manos del hombre con golpes argentinos y resonares de llamada a la oración, para dar gloria a Dios en las alturas.

Datos históricos de la Custodia toledana

POR JULIO PASCUAL

Presidente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

La mayor emoción que he recibido en mi ya larga carrera artística, fué cuando por el Cardenal Gomá y el Cabildo me fué encomendada la delicada labor de rearmar «nuestra Custodia», después de haber sido encontradas, dispuestas para la evasión, sus innumerables piezas, medidas en siete ordinarios cajones de embalaje, excepto la cruz del remate, que se halló en un rincón de la capilla del Tesoro catedralicio, envuelta en un sucio pañuelo de mano.

El sitio primeramente elegido para la reconstrucción de la maravillosa joya, fué el Ochavo, pero por su escasa luz buscamos sitio más apropiado, eligiendo por fin el Vestuario. La primera impresión que recibí al verme en tan suntuoso taller, presidido por los grandes maestros de la pintura, ante aquellos montones informes de infinitas piezas de orfebrería, fué de verdadero pánico. Estábamos en los últimos días de la primera quincena de Mayo del año 1939; el día 8 del mes siguiente era la festividad del Corpus y yo me había comprometido a entregarla armada para que saliese procesionalmente ese día.

Comenzamos la labor. Antonio Aranda y Luis Garcés, del comercio local, se encargaron de limpiar, una por una, las innumerables piezas, para lo cual, previamente, las desmontamos por completo. Pulidas y brillantes ya, las recibíamos mi sobrino Antonio Albo y yo, que íbamos llamando a su sitio doseletes, estatuillas, arcos y agujas en número interminable. De nuestras manos, temblorosas por una indescriptible emoción, vimos resurgir aquella complicada arquitectura considerada por el Cardenal Gomá como un «Poema de oro y plata».

Cobija esta maravillosa y única obra de orfebrería otra no menos interesante: la custodia que ocupa su centro, joya trabajada para la Reina Isabel la Católica, por un orfebre apellidado Almerique. Es toda de oro y arranca de un elegante pie que soportó a su vez un basamento, con agregados posteriores, del que parten esbeltas columnitas, por las que trepan esmaltadas hojas de vid y que sostienen hermoso cimborrio semejando bellísimo columbario, por cuyas abiertas ventanitas asoman diminutas palomitas esmaltadas. El citado pie está exornado con bellas figuritas de oro esmaltado que representan ángeles

y apóstoles; de estos últimos pude observar que falta uno, que fué sustituido por otro de materia más pobre y pintado groseramente.

Centraba esta custodia, el hermoso viril u ostensorio que estuvo orlado por ochenta perlas de seis a ocho milímetros de diámetro, colocadas en grupos de a cuatro, separadas por finas piedras; una perla de gran tamaño en su parte superior servía de base a riquísima cruz de diamantes. Este viril que se creía perdido del todo, apareció abandonado en una de las dependencias del Palacio Arzobispal, pero despojado de todas sus piedras preciosas.

Para proteger esta preciosa obra, ideó el Cardenal Cisneros la formidable fábrica que hoy la cobija, secundado por Diego Copín y Juan de Borgoña, y que ejecutó tan magistralmente Enrique de Arfe, comenzando sus trabajos el año 1517 y acabando en 1524. Setenta años más tarde, y por iniciativa del Cardenal Don Gaspar Quiroga, fué consolidada y dorada a fuego por Diego Valdivielso y Francisco Merino, que ordenó los trabajos, invirtiéndose en el dorado 330 doblones. Parece ser que en estos trabajos ayudó a Valdivielso, Lorenzo Marchés, platero que residía en Escalona, íntimo amigo del Greco, el cual después pleiteó con Valdivielso por disconformidad de intereses respecto a la obra.

Hoy sería necesaria una nueva y detenida reparación, pues en su fábrica hay muchas piezas faltas de

ajuste, y tuercas corridas por el continuo movimiento en su caminar por las calles toledanas. Quiero también hacer a las mujeres toledanas y españolas el siguiente envío: En el histórico viril hay unos taladros, sitio de honor donde la fe y la piedad pueden reponer aquellas perlas y piedras preciosas de que fué despojado por la codicia y el odio. Nunca encontraréis mejor destino para vuestras joyas.

Veintidos días laborables tardamos en dar cima a aquella complicada y emocionante labor. Hoy no puedo explicarme cómo se obró el milagro, pues además del ajeteo del trabajo, se interponían momentos de asombro extasiado y admiración estética ante una estatuilla o el encaje de un fragmento. Lo cierto es que aquel día del Corpus Christi de 1939 volvieron a ver los toledanos, en un ambiente pleno de sol y emoción, la luminosa maravilla de su Custodia.

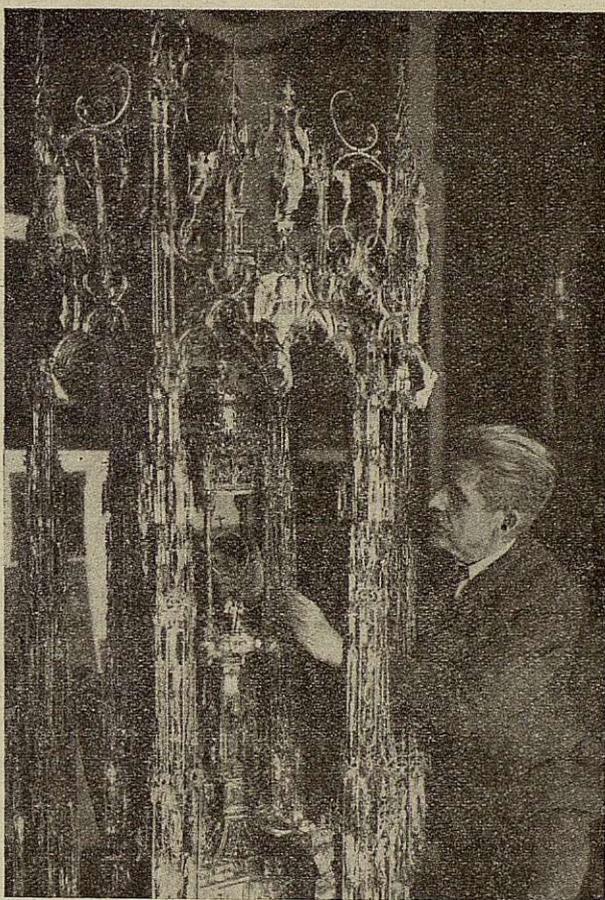


Foto Archivo Rodriguez.

La custodia que hizo el Greco

El espíritu religioso toledano, que siempre ha sido de ferviente tradición eucarística, no pudo dejar de abarcar también el arte del Greco. En efecto, arquitecto y escultor, además de pintor, recibe el encargo de construir una custodia para el Hospital de Tavera. Entrega ésta en 1598, y como era corriente en casi todas las obras que emprendía, tampoco en ésta estuvieron de acuerdo sobre el precio ambas partes.

El Greco nombró tasador a Luis Navarro y el Hospital a Toribio González; el primero valoró la obra en 21.712 reales y el segundo en 8.950. Naturalmente, no hubo avenencia, y como se había acordado con anterioridad, fué designado tercero en discordia don Pedro Laso de la Vega, el cual, a su vez, nombró tasador a Francisco Merino, platero de Toledo. Este compareció ante el notario Alonso Pérez y dijo:

«Que es una custodia de madera con otra pequeña dentro a modo de relicario, dorada (la pequeña); y vista y considerada la bondad, arte y perfección y el mucho estudio que la dicha custodia tiene y el gran cuidado que se requiere e requirió para cumplir con las muchas dificultades que concurren en semejante obra, y estar todas ellas diligentemente guardadas así por dentro como por de fuera, declara: que todas estas consideradas, y habiendo llamado y considerado la vista obra y perfecciones della y lo que meresce con Benito de Ureta, escultor, vecino de la cibdad de Çigüença y residente en Talavera, que es grande oficial, y comunicado con él, le pareció que merescía dicha obra tres mil ducados; pero atento al uso y común estimación y los respetos que le mueven, dixo que tasa la dicha obra de maestría y toda costa en veinte y çinco mill reales, y esta tasa hace a su leal sauer y entender y mediante lo que tiene dicho.»

En ésta, como en las tasaciones del «Expolio» y del «Entierro del Conde de Orgaz», se dió el caso de que la última tasación que hicieron los técnicos, fué superior a las dos primeras, lo cual prueba la alta estima que ya en aquella época se tenía del arte del Cretense.

El Greco, al recibir del administrador Salazar Mendoza los 25.000 reales, declaró: «que por ser mucha la devoción que tenía al Hospital y por el amor del dicho señor administrador, hacia gracia y suelta de 9.000, conformándose con recibir 16.000.»

De esta custodia solamente se conserva en Tavera la estatuilla que sobre ella iba colocada y que ha sido recientemente restaurada. Es una delicada talla de Jesús Resucitado que tiene un extraordinario parecido al que por aquellas fechas pintaba en el cuadro que hoy está en el Prado.

La custodia ha desaparecido y acaso sea un dato curioso saber que por ella el Greco recibió 2.800 reales, más que por el «Entierro del Conde de Orgaz».—ANTONIO DELGADO.

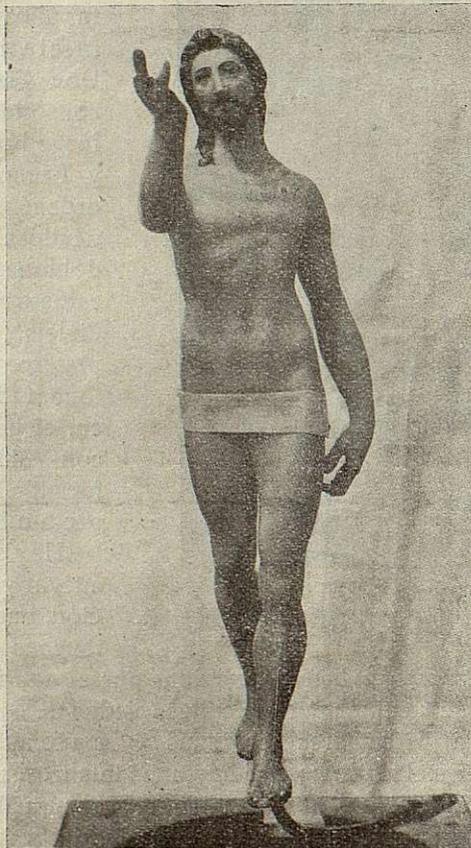


Foto Archivo Rodriguez

En el día del Corpus

La canción del peregrino

Tentación es la vida del hombre sobre la tierra (Job. 7, 1).

¡Madre, madre! Iba yo por el camino de la ciudad y el polvo ensuciaba mis sandalias hechas de tiras amarillas como las de un oriental en la antigua Mitilene; y al compás de mis pasos se levantaba la tierra manchando mis tobillos desnudos y resecaando mi garganta como la de un viajero de los desiertos africanos. Estuve tentado de sentarme al borde del camino y restregar mi boca por las hierbas verdes y frescas de sus orillas: pero seguí caminando, madre, porque sabía que si me sentaba no llegaría a la ciudad, y era el día de la vispera.

Estaba el cielo, madre, cubierto de nubes negras y plomizas; pugnaba el sol por asomar su cara y las apuñalaba con sus rayos rojos y agudos; pero ellas densas, oscuras, no se abrían con la alegría de la luz y, entre dos solamente, se distinguía una tenue claridad: mas no era una luz limpia, sino como un rojizo fuego color cobre que prendiese los olivos resecos de sobre la montaña. Y un húmedo calor proporcionaba laxitud a mi cuerpo. Tentado estuve de sentarme al borde del camino, y fumando el haxix de mi pipa de caña, sumirme en su embriaguez voluptuosa; pero seguí caminando, madre, porque sabía que si me sentaba no llegaría a la ciudad, y era el día de la vispera.

Bordeé, madre, las riberas del río que abraza a la ciudad; era su corriente perezosa, casi sin movimiento; y me paré a mirar sus pronunciadas márgenes, porque la tierra había arrojado al agua de sobre sí, ganándola terreno en la batalla. Nunca lo hubiera hecho: rudas mujeres surgieron a mi vista y me rodearon con zalemas, invitándome a participar en sus juegos. Me pareció un momento encontrarme en el Ponto, a la orilla del Termodón, cautivo de amazonas de fiero continente y exótica belleza. Y estuve tentado de olvidar mi propósito y quedar seducido a la margen del río, aunque fuese mi final la muerte; pero tapé mis oídos como Ulises y, cerrando mis ojos, proseguí caminando, madre, porque sabía que si me quedaba, no llegaría a la ciudad, y era el día de la vispera.

.....
Y me dormí, madre, habiendo concluido mi camino...

* * *

Aclamad a Dios nuestro protector; cantad con júbilo al Dios de Jacob (Ps. 80, 2).

Mi despertar, madre, fué grato y alegre, como era el día mismo de la fiesta; otro caminante, junto a mí, arrancaba sonidos melódicos a su kemantjeh, y pájaros cantores cruzaban bajo el cielo azul y diáfano; estaba abarrotada la ciudad de peregrinos que, igual a mí, llegaron luchando con su yo por los caminos. Y alineados a lo largo de las calles, el ánimo encendido, esperamos el paso del Señor. Y cuando Él pasó, madre, en su carroza de oro labrada con divina filigrana, precedido de angélicas canciones, dejando olor a incienso en el ambiente, cuando sus ojos me miraron, yo, postrado en la tierra, mi frente inclinada, me sentía el más fuerte de los hombres, poseído de un íntimo gozo, porque mi pecho estaba inundado de la consolación de Dios.

Entonces, madre, me alegré de no haberme abandonado a la pereza, ni a la voluptuosidad, ni a la lujuria, y haber continuado mi camino, cuando iba hacia la ciudad, en la vispera del día de la fiesta del Señor...—JOSÉ SÁNCHEZ

EUCARISTÍA

TRIGO

Quien te hizo te tomó por soberano
del mar inconcebible de lo eterno,
forjándote con barro del invierno,
templándote en el horno del verano.

Cabe en tí el universo cotidiano
girando en la ilusión del pecho tierno,
que ha formado la prosa del infierno
al choque con el verso del cristiano.

En tu plasma molido hay una historia
de parábola y cruz... Polvo de gloria
que ciega al espinar de los sentidos.

Trigésima tercera pascua abría
su corazón y, eterno, se escondía
el que mueve la idea y los latidos.

PAN

Próximo estaba ya el último acento
del verso redentor... Jesús completa
el «Tomad y comed». Tiene el profeta
su seno con dolor de alumbramiento.

Bajo el milagro azul del firmamento
un pedazo de pan se hace planeta
y, el cristiano compás, le da silueta
de círculo sin fin ni nacimiento.

En el «in illo tempore» apresadas
las almas, por su luz, forman luceros
sobre el firmal que ciñe al nuevo día.

Por la consagración multiplicadas,
mil estrellas de Pan buscan corderos
del rebaño de Dios-Eucaristía.

REY

Fimbria de estrellas del celeste velo
circundando al obrero de la nada
que vibra en cada nota armonizada
sobre el compás de la oración en vuelo.

Todo lo que es por El tiene el señuelo
de la exacta expresión, simbolizada
en la humilde semilla que, enterrada,
parte a su madre para ver el cielo.

Verbo conjugador de las tres fechas.
Blanco sediento de piadosas flechas
lanzadas con el arco del rosario,

que la Mujer-crisol del Ser Divino
refleja hacia su amor por el camino
de la blanca promesa del Sagrario.

JERÓNIMO GARRIDO

LA PROCESIÓN

Guardada cuidadosamente tras rutilantes cristales;
admiración y obligada visita de todo extraño, si eru-
dito, por su valor artístico, si profano, por su esplendor;
pieza maravillosa donde los juegos de luz cabriolean
en cataratas y salpicaduras de oro. La Custodia que
labrara Arfe con larga paciencia de siete años, es
joya delicada, sagrario espiritualizado en agujas de
fuego.

Dormida durante meses enteros, comentada fría-
mente por cultos o pedantes cicerones, es pieza de
excepción colocada entre focos luminosos tras la
enrejada puerta del tesoro catedralicio.

Y, así, al correr de los días, pasan lluvias y tor-
mentas, impotentes contra las grises piedras del
Templo.

Pero cuando las calles y plazas de la ciudad des-
prenden vapores de fuego; cuando, en corriente
abrasadora, el aire rebota con saña de esquina en
esquina; cuando las casuchas parecen aplastarse unas
contra otras en mutuo y recíproco refugio, entonces
se tienden, uniendo los tejadillos, larguísimos toldos
de tela cruda, y las calles se siembran de tomillo y
romero, de ramajes frescos y verdes. Las ventanas
prolongan sus rejas mohosas en turbiones de flores
que caen hasta el seco empedrado.

...Y la Custodia, aislada y refulgente, sale de su
estuche...

El ambiente estival vuela, entre olores de can-
tueso y hierbabuena, hacia la celestial carroza. El
claroscuro de los toldos proyecta sobre las flechas
y estatuillas sus fugaces retoques de luz y sombras.
El hermano polvo trepa desde las piedras, llena los
brillantes labrados de la Custodia y se filtra entre sus
columnillas.

Las filas de la procesión marchan sinuosas, como
ágiles cadenas que engarzarán los anhelos juveniles,
las penas y súplicas de las viejas devotas, al relum-
brar del sagrado templete.

Ráfagas de pétalos y flores desgajadas caen blan-
damente sobre los chinarrros intentando suavizar las
ásperas cuestas.

La Custodia lo recibe todo: las flores, las ramas,
el polvo... purificándolo.

Inalterable portadora de Aquél que todo lo puede,
va oscilando sobre los desiguales pedruscos. Suena
el hierro, suenan las campanillas acompañando una
oración...

El ocre de los uniformes y el brillos de las bayo-
netas forman, en continuado servicio de valor y patria,
al paso de la Forma Consagrada.

...Y la roja rúbrica de la túnica cardenalicia cierra,
en llama de amor viva, el fervor eucarístico de Toledo,
desplegado en la fecha gloriosa del Corpus Christi.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA Y LÓPEZ DE AYALA

El sentimiento religioso de la vida o el alma española

POR ANTOANETA YORDAKE

Ex Secretaria del Instituto de Estudios Peruano de Madrid

Parece extraño—mas ¡cuántas veces! lo extraño no se confunde en la vida íntima, sobre todo en la de los pueblos sujetos a otras leyes que las del individuo, con lo real, lo palpable, lo que queda fijado, como una arquitectura emocional, por encima de toda fantasía y sueño—, que un pueblo tan individualista como el español encuentre en lo religioso su verdadero camino y anhelo hacia una unión en comunidad por medio de la ley divina.

Más que ley diría fin, y en el impulso de elevarse a la unión con Dios, viable no solamente en los místicos como San Juan de la Cruz o Santa Teresa, sino también en los desterrados del misticismo, en los que, fuera del espacio místico, miran con nostalgia hacia la eterna armonía del mundo (centro y razón de su vida), debe de comprenderse y juzgar la ancha dimensión humana de este pueblo apasionado y apasionante.

El español busca en lo diurno, es decir, en el fluir de todos los minutos, el desenvolvimiento de su condición humana, que corona, como un ansia apenas confesada, su necesidad de reconciliación con sí mismo, y, sobre todo, con el Tiempo.

Gran sabiduría la de un pueblo que sabe hallar en los límites limítrofes a la inmortalidad, el camino justo que la religión y su alma le enseña como fin de su tránsito humano y salvación.

Quizá sea España un país de contrastes—tanto espirituales como de paisaje—, mas si un equilibrio logra sustentar, medir y manejar estos factores—que bien pudieran recibir el nombre de Carácter—, es el sentimiento religioso que rige el destino de la raza ibérica desde su nacimiento.

En su empresa heroica, su poesía mística y obra misionera, encuentra el español el territorio ancho para su impulsividad fecunda, semejante a semilla que va a dar frutos como las que se llamaron tierras americanas, lírica de San Juan de la Cruz o el Cantar del Mío Cid.

Extraña el hecho que en este pueblo lo heroico coincida con lo religioso, y, como consecuencia, toda su épica (nacional y literaria) aparezca bajo el signo de un diálogo diario con su Dios, como en un misterio eucarístico, en el cual la Carne y la Sangre se anega en la espera de su Resurrección cerca de la eternidad anhelada.

Ningún pueblo (excepto el eslavo) habla tanto de alma, por esto entiende su nostalgia hacia la perfección por medio de la fe, lograda solamente en una comunidad diurna con la Divinidad.

Conviene no dar el nombre de misticismo a este impulso religioso, sino más bien el de un portentoso reconocimiento del orden divino, que despierta en el alma



Magnífica imagen, obra del artista toledano Tomás Gimena, ejecutada para la maqueta del Monumento al Sagrado Corazón de Jesús del Cristo de la Vega.

una serenidad permanente delante del profundo misterio que es la muerte.

Ningún alma, como la española, sabe esperar la muerte, concebida no como una liberación de los tormentos de la carne, sino como un fin lógico, armonioso, que concluye el circuito de la vida humana, a la cual se le ofrece, igual a un fruto celeste, la recompensa de una tan larga paciencia; la convivencia personal con su alma en el seno del Gran Maestro de esta armonía universal, que es Dios Todopoderoso.

Quizás en los símbolos se encuentre a veces la verdad; mas mucha cautela hace falta cuando se enjuicia la dimensión espiritual de un pueblo tan altamente multiforme como el español, en el cual, a cada reacción temperamental corresponde una psicológica, compleja y, a veces, imperceptible.

En la Historia de este pueblo muchos son los símbolos que han explicado, en parte o totalmente, su alma, su trayectoria humana, que luego ha servido para el mejor (¡o peor!) conocimiento de lo español fuera de sus límites geográficos.

Dejando de un lado todo intento de juzgarlo, lo mismo se puede centrar su heroísmo en el Cid Campeador como en

la austeridad de su paisaje o en la arquitectura de El Escorial.

Mas aquí está, fuera de la meseta castellana, Aragón, con su heroísmo baturro; su Fernando el Católico, recto y universal; Asturias, con su espíritu de reconquista, y las demás provincias de España, que cada una pudiera concretizar las varias facetas de una misma noción, sin que por esto hayamos encontrado el símbolo que llega a llenar todo el contenido de la gran esfera, que es la heroica.

Sin embargo, todos estos paladines de lo épico—seres humanos y paisajes—encuentran su centro vital, su equilibrio y consonancia en el mismo anhelo, en la armonía que emana, como unas ondas misteriosas, del Universo intangible, pero presentado de lo religioso.

En este sentimiento vital halla el español la reconciliación de su temperamento con su alma, el equilibrio entre su combatividad polémica y la serenidad creyente, la plena compenetración con el mundo celeste, donde el alma boga—dulce y pura—en búsqueda de su propia eternidad.

¿No es acaso en la vida y la poesía de Fray Luis de León donde mejor se aprende este dualismo ibérico, esta nostalgia hacia la perfección, sólo posible en una total entrega en las manos y corazón del que dirige y ordena tanta belleza?

Fray Luis de León, alma atormentada, traspasada por mil influjos intelectuales, polémico y erudito, lanzando como saetas, desde la oscuridad de su cárcel, gritos desgarradores:

Que yo, de un torbellino
traidor acometido, y derrocado
de en medio del camino
al hondo, el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado.

halla en su pasión de lo divino el equilibrio y el símbolo cristiano que su raza ha imprimido a la noción—universal—de lo religioso.

Escuchémoslos, y, sobre todo, comprendémoslos en su belleza soñadora
«Noche serena»:

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma de estos bienes la destierra?

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados, con verdad frescos y amenos!
¡riquisimos mineros!

¡Oh deleitosos senos!
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

El Corpus de Toledo y sus Autos Sacramentales

POR CLEMENTE PALÈNCIA FLORES

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

No podía faltar en el Corpus de Toledo esta típica manifestación de nuestra literatura dramática que se llama auto sacramental. Se origina como protesta de la Musa popular contra la negación de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía formulada por luteranos y calvinistas.

Ya en 1561 había tomado parte en estas representaciones Lope de Rueda, el célebre batihaja de Sevilla, a quien llamó Cervantes «varón insigne en la representación y en el entendimiento»; frisaba entonces en los 56 años y su quebrantada salud le obligó a guardar cama en el «Mesón del Sevillano».

El Cabildo de la Santa Iglesia Catedral contratava libremente a autores y cómicos, que desde la víspera del Corpus hasta el día de la Octava, tenían que entretener al pueblo con otra clase de espectáculos, pues leemos en un libro de cuentas de la Catedral, que «cobraron 3.750 maravedís el vecino de Bargas Francisco Díez y sus compañeros, como danzantes de espadas en la procesión del Corpus de 1553».

Solían terminar estas danzas, llenas de colorido y animación, con una apoteosis final del Santísimo Sacramento, compuesta por el encargado de representar los autos, en forma de romance popular o de sencillo diálogo.

«Cómicos vestidos de indios, con telas de oro y plata, con rostros dirados y mantos de tafetán, con telillas moriscas y espejos en la cabeza», desfilaron en el Corpus de 1585.

Pero quizá se amortiguasen algo estos entusiasmos en los primeros años del siglo XVII. Confirma esto un acta del año 1616, en los Libros Capitulares del Ayuntamiento de Toledo, en la que se leen estas protestas del regidor Juan de Toro: «Como a la ciudad le consta, y es notorio, teniendo el Cabildo de la Santa Iglesia costumbre de hacer fiestas del Santísimo Sacramento en su día, con hábitos y representaciones públicas que se hacen así dentro de la Santa Iglesia, como en las calles y plazas, encantos con que la fiesta se solemniza desde que se introdujo y mandó celebrar, siendo esta la primera iglesia que celebró esta fiesta en España, y la ha continuado con la grandeza que se sabe, anteponiéndose a las demás iglesias, y teniendo prevenidos farsantes para que hicieran la fiesta, por escritura pública..., por orden de los Comisarios de Corte se han llevado a ella, dejando a esta ciudad sin fiesta y muy desconsolados».

Con estas protestas del celoso regidor toledano quedaron solucionadas las dificultades, y vuelven a ser los autos sacramentales de la Catedral de Toledo los más célebres de la época.

Nombres ilustres de poetas suenan entre autores y representantes; Baltasar Elisio de Medinilla, el malogrado poeta que cayó asesinado

«Muerto por una espada rigurosa
que pienso que animó licor Dionisio»

dijo Lope de Vega, y a mano de quien menos debiera, escribe su otro amigo Tamayo de Vargas.

Francisco de Rojas Zorrilla, que compone quince autos sacramentales, algunos de elevado carácter místico, como el titulado «El rico avariento», en el que maneja lo mismo el dominio del verso, como el interés de la alegoría.

Sobre todos, el Maestro José de Valdivielso, que después de Lope y Calderón, fué el más excelso creador de autos sacramentales. Su «Romancero espiritual del Santísimo Sacramento» es una joya de nuestra literatura.

Sus «Doce autos sacramentales y dos comedias divinas» fueron elogiadas por los poetas de la época.

Su tendencia hacia el modo popular le hizo escribir versos tan afortunados, que se repitieron en las solemnidades del Corpus toledano:

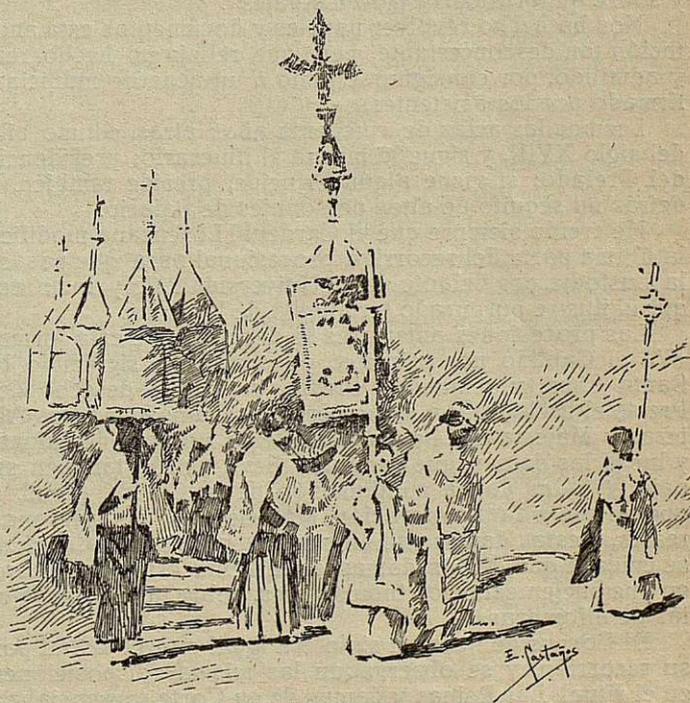
«Tan enamorado está
el Rey por su amada bella,
que en cuerpo sale tras ella
y por las calles se va».

Y con razón se ha encomiado mucho por los críticos el auto sacramental del toledano Sebastián de Orozco, representado en Toledo en el año 1548, llamado «La Parábola de San Mateo», muestra notabilísima de la poesía dramático-eucarística en su primer período.

Quando Calderón de la Barca hizo, en el año 1644, su auto sacramental titulado «La Humanidad coronada», escribía este hermoso diálogo:

Hombre: ¿Qué festín es?
Fe: Un auto.
Hombre: Y dinos: ¿a dónde intentas hacerle?
Fe: En la muy noble
siempre imperial corte regia
de los católicos reyes
de España, que siempre ostentan
dar a mis cultos más triunfos
que el cielo contiene estrellas.

Y así, tomando por motivo el Corpus de Toledo, suenan en los autos sacramentales del Siglo de Oro las más puras bellezas de nuestra lengua.



La reina de las cruces procesionales

(Dibujo de E. Castaños)

EL CORPUS DE AYER

EL CORPUS DEL AÑO 1849

Hace un siglo preocupaban a las autoridades de Toledo problemas hoy ya resueltos. El Regidor Don Lorenzo de Robles, en la primera sesión municipal del mes de Febrero, comunicaba a la Corporación los proyectos del Ingeniero Francisco Ruiz de Amaya, que proponía subir el agua del Tajo a Toledo mediante «una cañonería de lata». Después de asistir el Marqués de Espinardo, Corregidor de la Ciudad, en nombre de la Reina Doña Isabel II; a una aparatosa exhibición de materiales, las obras tuvieron que abandonarse.

Una pertinaz sequía amenazaba a toda la provincia, por lo que durante diez días se hicieron públicas rogativas al Cristo de las Aguas. Curioso sería reproducir los «Gozos que los niños de las Escuelas» cantaron en acción de gracias; fueron impresos en Casa de José de Cea, y según dice una aclaración, improvisados por un poeta que solamente hizo públicas sus iniciales D. L. C.

«Si de nuestros ojos
lágrimas brotaron,
copiosas las aguas
del Cielo bajaron.

.....
Siempre de Toledo
has sido, Señor,
bálsamo de vida
y prenda de amor, etc.»

Cuando se acercaban los días del Corpus, llegaban a manos del Corregidor reales mensajes para anunciar a la Ciudad un Tratado de Paz y Comercio, celebrado en Aquisgrán entre los Ministros de España, Francia, República de Génova y Duque de Módena, por una parte, y por la otra, la Emperatriz de Hungría y los Reyes de Gran Bretaña y Cerdeña.

Hacia poco más de un año que regía la Sede Primada el Cardenal Don Juan José Bonel y Orbe. Era tradicional que la Corte de Isabel II se trasladase en el Corpus a Toledo, y así lo anunció la Reina desde el Real Sitio de Aranjuez al Cardenal y al Marqués de Espinardo, que personalmente fueron a invitarla.

En una nota marginal encontramos este detalle: «No fué muy del agrado de S. M. la modificación que se había hecho en años anteriores sobre la variación de la carrera y sobre quitarla de su lado los pajes».

Nos ha hecho revolver papeles y documentos esta anotación tan desconcertante, pero que refleja un hecho real y admitido, por consignarse junto a un acuerdo municipal firmado por los asistentes.

Leemos las actas de cincuenta años atrás, último año del siglo XVIII, y sigue lo mismo el itinerario; presidencia del Prelado; si viene algún Príncipe, preside también, y detrás un séquito de altos personajes de Palacio.

He creído siempre que el Cardenal Lorenzana modificó la última parte del recorrido procesional para que pasase la Custodia por delante de la Universidad (hoy Instituto) que el ilustre purpurado terminaba de levantar.

Las procesiones anteriores se describen de esta forma: «Va el Cabildo por principio de procesión siguiendo la Santa Cruz, y remata el Preste, y al lado derecho del Preste el Prelado, y a la izquierda el Deán; luego sus Altezas y Majestades, llevando la Reina un paje de faldas, y luego las damas, que cada una lleva detrás también su paje, y todas van a continuación de la Ciudad (nombre que se da a la Corporación Municipal) y las personas reales, y estas damas van en coro. Dentro de la Catedral se cuidará que dichas damas de la Reina estén en el coro en que suelen estar los inquisidores, sobre tarimas cubiertas de alfombras».

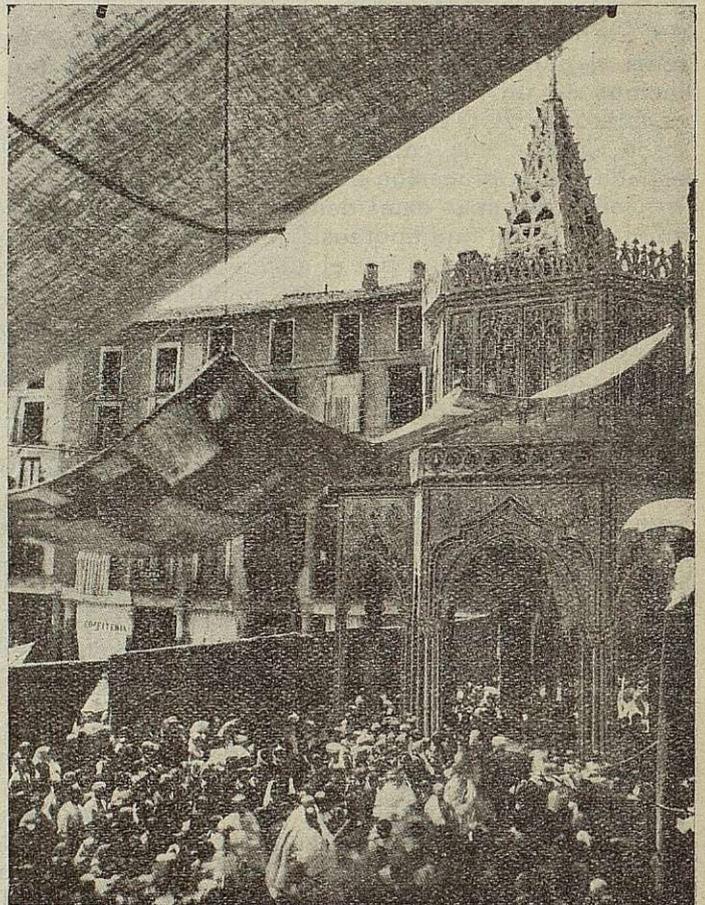
El Corpus de hace un siglo era igual que el actual por su recorrido, y se observaban las mismas disposiciones en el ritual. Las Reinas y damas de su Corte presenciaban el desfile procesional desde los balcones del Palacio Arzobispal o en tribunas y balcones de Zocodover que eran

propiedad del Ayuntamiento, y desde los que se presenciaba por la tarde la corrida de toros.

Por la numeración de balcones se comprende que desde el actual Café Suizo a la otra pared que bajaba del Alcázar, había edificios que cerraban la Plaza de Zocodover por aquel ángulo en la parte alta, y debajo existiría un arco como el de la Sangre. De lo contrario no se explican las alusiones que se hacen a este arco «de la esquina», que es muy del agrado de los Príncipes que vienen de otros países y desde aquí contemplan la procesión.

Las pequeñas variaciones de ornato, vestido de paje-cillos, de niños de coro, decorado de balcones, etc., han tenido sus alternativas. Pero siempre fué el Corpus de Toledo un día grande y solemne en cualquiera de los años de la vida española.

CLEMENTE PALENCIA
Cronista Oficial de Toledo



Un Corpus de hace más de 60 años.

Foto Archivo Rodriguez

CORPUS TOLEDANO DEL AÑO 1485

Son abortados los planes criminales del teniente corregidor bachiller de la Torre.

Fray Tomás de Torquemada, inquisidor general, trasladó el Tribunal del Santo Oficio de Ciudad Real a Toledo en los principios del año 1485.

No vieron con buenos ojos los toledanos esta novedad, e instigados por el teniente corregidor el bachiller de la Torre, que armó a la plebe conversa, se propusieron secretamente que, al llegar la procesión del Corpus a la plaza de las Cuatro Calles, caerían de improviso sobre los inquisidores, asesinandolos, después hacerse dueños de la torre de la Catedral, puertas y puentes de Toledo, y parlamentar de igual a igual con los Reyes Católicos, incluso imponerles condiciones.

Pero la noche anterior se descubrió la conspiración, y al día siguiente, antes de salir la procesión, el Corregidor Gómez Manrique mandó ahorcar a uno de los cabecillas, al converso Lope Churizo, y luego al bachiller de la Torre y cuatro más.

RAMÍREZ DE DIEZMA

MÚSICOS Y DANZANTES EN LAS VIEJAS PROCESIONES DEL CORPUS TOLEDANO

POR MANUEL ESTEBAN INFANTES

Aún no hace mucho tiempo, oíamos en el paraninfo nombres gloriosos para la Polifonía Toledana de los siglos xv y xvi.

Torrentes, Ginés de Boluda, Lobo, que dejó Sevilla por Toledo, Bernardino de Ribera, Pedraza..., Maestros de capilla que fueron de la Catedral, y, sobre ellos, el gran maestro de la Corte, el ciego Antonio Cabezón, que siempre ilustró con sus magníficas composiciones (tientos, motetes, canciones, etc.) los oficios a que asistiera el Emperador.

También en las capillas cardenalcias hubo distinguidos maestros. Célebre es la del Cardenal Don Juan Tavera, que heredó todos los ministriles y cantores de la Corte, excepto el organista A. Cabezón, ya citado, que sirvió a la Emperatriz y a los Infantes durante cuarenta años sin interrupción, según la historia de su vida que nos ha dejado su hijo Hernando Cabezón, músico también de la Corte. Al servicio del Cardenal estaba también Luis Venegas de Henestrosa, autor del primer tratado instrumental para tecla, arpa y vihuela por cifra (Alcalá, 1557).

A la muerte del Cardenal Tavera, la capilla vuelve a la Corte y su sucesor Siliceo, deseoso de velar por los «mochachos cantorciecos», funda el colegio de los Infantes de coro (hoy seises), que en principio tuvo cuarenta y dos plazas.

En fin, sería cansado y monótono citar y enumerar sin añadir algo anecdótico que encaje el ambiente y la época. Por ejemplo: en el archivo de la Catedral se conserva una carta curiosa de la Emperatriz Doña Isabel, al Deán y Cabildo que, textualmente transcrita, dice así:

«La Reyna:

Venerables dean y cabildo de la santa yglesia de la ciudad de Toledo. Yo he sabido que en essa dicha santa Yglesia ha vacado agora una ración, la qual diz que se ha de proveer a cantor, y porque Xpistoval de Spinosa, cantor de mi capilla real, levador desta me ha mucho servido y provel, y es persona abile y sufficiente para servir la dicha ración, yo vos ruego y encargo le proveays della que allende ser persona en quien la dicha ración estará bien proveyda me hareis en ella mucho placer y ser-

vicio. De Madrid a 11 de Junio de mil y quinientos y veyntiocho años. Yo la Reyna»

Recomendaciones, ¿eh?, y una significativa tosecilla es lo que debió emitir el Deán, ya que en las relaciones de ministriles, cantores y demás cargos musicales, el nombre de Cristóbal Espinosa no aparece por ninguna parte.

Ciertamente que en aquel tiempo la diversidad de sistemas de escritura musical y las diferencias y rencillas entre los maestros, hacían difícil el estudio del «arte de tañer y cantar», y el que conocía algunos principios de composición era tenido por mago.

Primer tiento, ANTC

	72	17	66	5671	766	35	43
			2	3 5	4	3	2 1
							6

	6	7	2	1	2	6	67123
	3 5	4	5 2	4 3	2 3 4 5	1	6
	1 2						

			6	3	4	3	1	5	3	4	5
	3	4	5	1	2	3	2	2	1	2	
	5	3	4	5	6	7	1	2	6		2 ^b

Reproducción de un «tiento» de Cabezón.

Estos inconvenientes influyeron en el sueldo de los músicos y, con pequeñas excepciones, todos vivían bien y holgadamente; por esto la rareza de esa carta. El sueldo o «quitación» de Cabezón era de setenta a ochenta mil maravedís por año, alcanzando en alguna ocasión a los doscientos y pico ducados, mas lo que ganase como compositor profano y «lo que afanase». Cada ministril cobraba de «XII a XV mil» maravedís, y los cantores y solistas importantes, hasta cuarenta mil. Las escasas excepciones o sueldos menores, eran para los pobres y rezagados «ministriles de flauta», generalmente traídos de Italia, que ocuparon siempre el último puesto en todas las capillas, así como en las relaciones nóminas de sueldos.

Algo análogo ocurría con los «portugueses», que se enumeraban como un mal necesario y a veces como apagaridos de la multitud, colocándolos a la puerta de las Iglesias o al final de las

procesiones, para que con el tintineo de sus sonajas impidieran que el murmullo del pueblo se mezclase con los cánticos y melodías de los pifanos.

También en el terreno profano y popular halló la música en Toledo el marco ambiental que necesitaba. Las escenas ya no se improvisan en los templos ni palacios, sino en los mesones, patios y otros lugares cerrados. La profesión de comediante acaba por definirse. Se representan églogas y villancicos, con letra y música de Juan de la Encina, Ensaladas de Mateo Iñecha, y según el «Viaje entretenido» de Agustín de Rojas (Madrid, 1624); es un actor toledano, que se apellidaba Navarro y sucedió a Lope de Rueda, quien «sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público». Así, pues, también Toledo se distinguió algo en el ramo profano teatral. Aparte de las representaciones en la Corte.

La danza en Toledo es popular como en todas partes durante el siglo xvi. Zarabandas, *Folias*, Chaconas y Pavanas estaban a la orden del día en nuestra ciudad; pero tiene un sentido especial y curiosísimo si se estudia su aplicación religiosa y, más todavía, el papel desempeñado por las mismas en la procesión del Corpus. Así, en 1554, incluían:

«8 danzantes y un tamborilero», un «tañedor de sonajas y tamborilero» y una «danza de villanos».

En 1594 hubo una máscara con variados instrumentos, entre ellos una «vihuela de arco» y también una danza de ocho locos con cascabeles, a los que acompañaba un tañedor con tamborino, también vestido de loco. Y en 1599, la variedad fué grande: en un carro cantaban seis muchachas, a las cuales precedía un galán con clarín, seguían siete mujeres con sonajas, guitarras y panderos, «una vestida de loco con tamboril» y a continuación portugueses con sonajas, guitarras y un atabor portugués.

Al perder Toledo su categoría de Corte, pierde también un gran puesto en el escalafón musical. Con Don Juan Tavera desaparecen las grandes capillas cardenalcias y sólo la Catedral conserva su antiguo rango. Mieceses y Texada, son los últimos nombres del siglo xvii que se citan antes del italianismo.

EL TEATRO EUCARISTICO ESPAÑOL

POR FRANCISCO AGUADO SÁNCHEZ

La fiesta religiosa del Corpus nos vino del país flamenco, en donde la Divina Providencia se sirvió de la beata Juliana de Cornellón, monja agustina, para revelarla a los creyentes. Ya de muy antiguo, desde los albores de la era de Cristo, esta fiesta se celebraba el día de Jueves Santo; pero su solemnidad estaba presidida por un ambiente de tristeza que envolvía a los fieles, preocupados en la muerte del Dios vivo. Fué después, en 1264, cuando, convencido de las revelaciones de la monja agustina, el Papa Urbano IV lo hizo conocer al mundo cristiano por medio de la Bula *Transiturus*, ordenando su celebración anual el jueves siguiente a la Octava de Pentecostés, teniendo como fin conmemorar el dogma de la Sagrada Eucaristía. Sin embargo, la muerte del Pontífice refrasó la celebración del Corpus Christi. Ya se conmemoraba en algunas ciudades, pero en manera local, siendo los canónigos de Lieja los primeros.

A España lo trajo Berenguer de Palaciolo, celebrándose esta fiesta por primera vez en Barcelona.

El Corpus español ofrece una modalidad en nuestra Edad de Oro, no encontrada en ningún otro país. La creación de un género teatral teológico-filosófico —el auto sacramental—, nombre con el que Gil Vicente empezó a designar sus composiciones religiosas. Pero el creador de este género dramático, fué Calderón de la Barca, el que lo depuró y formó en obras de un solo acto, quitándole toda mezcla de teatro profano que en un principio tuviera. Constituyó, pues, el auto tipo; teniendo como única trama o argumento el dogma de la Eucaristía. El auto sacramental, como género teatral simbólico, sólo se ha dado en la literatura española. Es, por tanto, una excepción en todas las reglas teatrales de la literatura universal.

Género dramático que nunca fué comprendido por otras naciones, teniendo sus contrarios mayormente en Francia.

Alemania, que siempre admiró y sigue considerando en la actualidad a Calderón como el más profundo dramaturgo, tampoco comprendió la grandeza espiritual de estas obras teológicas. Filósofos como Guillermo Lehegel, han elogiado grandemente la obra calderoniana y la profundidad filosófica de sus dramas; pero nunca hacen alusión a este género religioso-teatral.

Esta incompreensión, se explica por dos causas: La primera, la de la época, en la que está cimentada nuestra pasada grandeza; la robustez de la fe católica en el

pueblo español de aquel tiempo. La segunda es la artística. Los autos se representaban al aire libre. Todos los españoles, y también el Monarca, escuchaban abstraídos los prolongados diálogos, a veces desprovistos de toda belleza literaria, en que personajes simbólicos, como la Fe y la Esperanza, exponían el misterio de la Eucaristía. Surgieron incompreensiones en el extranjero, porque los autos sacramentales se hacían al aire libre, cuando ya el teatro entraba en la forma de realizarlo en un escenario, es decir, a manera de como se hace hoy. Pero la grandeza espiritual de su argumento, exigía que sus representaciones tuviesen como techo de su escenario las nubes, el sol o el azul coreo del cielo.

Existen obras teatrales con personajes que acaso sean simbólicos. El «Prometeo» de Esquilo, es quizá una abstracción del hombre luchando contra el Destino. Sin embargo, para ser simbólico Prometeo, primero debe de ser hombre. Es un drama teológico, pero sus personajes son humanos, ya que la Fuerza y el Poder no son sino los medios de que en la obra se sirve Vulcano.

En el «Fausto», lo de menos es lo simbólico, toda vez que a Mefistófeles le falta algo para ser un personaje puramente abstracto. Manfredo es tan corpóreo, que se identifica con el vate.

El auto sacramental está muy por encima en el concepto simbólico o espiritual de todas estas obras, porque enlaza de un modo sublime el mundo de arcilla con el mundo de lo increado.

Nuestro polígrafo Menéndez y Pelayo, nos dice que «en el auto sacramental se puede hallar profunda doctrina teológico-filosófica sobre las relaciones de Dios con la Naturaleza, del cuerpo con el espíritu, de los sentidos con las potencias del alma».

El toledano Valdivielso, llamado «el poeta del cielo» por haber escrito sólo sobre cosas religiosas, también cultivó este género dramático tan propio de nuestra literatura.

Lope y Tirso, escribieron autos sacramentales que ya tenían mezcla de teatro profano y que, con el tiempo, fueron derivando en representaciones de vidas de Santos, en las que el dogma de la Eucaristía servía de motivo para que estos Santos llegaran a su éxtasis de amor divino.

Se puede decir que el verdadero auto sacramental murió casi con Calderón, pues sus discípulos, como Moreto, sólo hicieron imitaciones o se limitaron a conservar los del maestro.

IMPRESIONES DEL CORPUS

(Viene de página 1)

el alma emocionada atenzá la garganta...

Al pasar por los túneles de verdura de Tornerías y Martín Gamero, y bajo la lluvia ininterrumpida de pétalos de la calle del Comercio, pétalos que parecen desprenderse de las flores de los mantones de manila, recordamos la frase del Marqués de Lozoya: «produce verdadero asombro cuando en el día del Corpus, entre una lluvia de flores, desfila por las callejuelas entoldadas» la que él dice que «acaso sea la más ostentosa alhaja que pueda contemplarse en la cristiandad». En Zocodover la comitiva se rehace y desentumece, como en un respiro, antes de seguir por el tortuoso itinerario. Allí también la Custodia, sin trabas de toldos ni paredes recibe desafiante los rayos del sol, replicándole con altanería y orgullosa de su triunfo pasa entre los verdes muros de la Sillería.

En el callejón de Jesús y María la procesión se retuerce y estrecha, como escurriéndose por aquella rendija de ramas y hojas. La joya oscila de un lado a otro para abrirse paso, amenazando quebrarse contra aquellas paredes que parecen estrecharse para verla mejor.

El descenso por el Arco de Palacio, precedida por la magnífica cruz primacial, llevada en andas por los acólitos, y el rosario de cruces parroquiales, es para el toledano la mejor perspectiva. Primero, sobre el rico escenario de los tapices que cuelgan de las paredes del templo, y luego, bajo el arco, nuestra Custodia avanza con vibraciones casi líquidas, entre acordes de banda y truenos de campanas...

Es así, entre la muchedumbre, en plena calle, donde se aprecia la divina joya en todo su valor, sin que nos digan sus millares de piezas, tornillos o estatuillas, sin tener que preguntar, como hizo un turista tan curioso como poco esteta, cuál sería su valor monetario...

Después recorreremos las calles abarrotadas, entre voces de pregones y risas. Hay alegría y color. Color de flores en los vestidos de las mujeres y en los mantones de los balcones; color en la fresa y en los gorritos de papel sobre el fondo verde del follaje y el ocre de la arena. La muchedumbre ríe y bulle con una alegría rebosante y casi demencial, pues, como dijo Calderón,

*«...que en el gran día de Dios
quien no está loco no es cuerdo.»*

MARIANO GARCÍA ROJAS

LIBRERIA Y PAPELERIA

G. - M E N O R

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.
Tempera.
Acuarela.
Pastel.

Lienzo.
Papel.
Pinceles.
Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

Exclusiva de venta de la acuarela
extrafina "ROSAL FORTUNY"

LIBROS DE ARTE

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"



ASOCIACIÓN DE ARTISTAS
TOLEDANOS

2.ª Exposición de Primavera

Edificio de Santa Cruz de Mendoza

Inauguración

Día 15 de Junio de 1949 - DOCE mañana.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR. IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57. — Toledo

